

# LUIS VIVES Y EL PRIMER PROGRAMA DE EDUCACIÓN SOCIAL DE LA MODERNIDAD

*The Social Education Program to J. L. Vives during the Age of the Renaissance*

Carmen LABRADOR HERRÁIZ  
*Universidad Complutense*

Fecha de aceptación de originales: Junio de 1999  
Bibliid. [0212-0267 (1999) 18; 13-31]

RESUMEN: Lo que se pretende con este artículo consiste en presentar el programa de Educación Social de J. L. Vives en el Renacimiento. Repasar sus experiencias en los círculos de gobierno y, en ese contexto, recordar que fue un pionero en relación a uno de los ámbitos más necesitados de educación de la sociedad de su tiempo: la educación en valores sociales, de caridad, justicia, paz, concordia y entendimiento entre los pueblos. En este importante asunto, Vives propone un nuevo y significativo programa para resolver los problemas sociales de Europa en la modernidad.

PALABRAS CLAVES: J. L. Vives. Renacimiento. Valores sociales. Educación social.

ABSTRACT: My objective in this paper consist to present the Social Education Program to J. L. Vives during the Age of the Renaissance. His experiences were gained in the society governing rank, to which by birth he belonged. Now it is to be remembered that the claim to respect which we make for the work of a pionner in any new branch of human to Renaissance: Education in Social Values, to charity, justice, peace, concord, understanding among the peoples. In this important respect, Vives suggest a new and significant subject to solve the social problems to Europe of modern times.

KEY WORDS: J. L Vives. Age of the Renaissance. Social Values. Social Education.

## La ciudad del Renacimiento un medio social nuevo

EL INTENTO DE APROXIMACIÓN a la obra social de Vives, exige algunas referencias contextuales, no sólo de carácter global, sino y sobre todo, relativas a la evolución de las ciudades y a la configuración en ellas de un medio social distinto y nuevo. Nadie duda de que para comprender la complejidad de las transformaciones sociales de la época moderna, conviene tener presente la distinción entre la ciudad y el medio rural, puesto que el origen propio y auténtico del pauperismo está en el campo, es algo que no puede olvidarse ya que la existencia de *pauperes* en las ciudades procede de la emigración, aunque también en las ciudades se producen procesos internos de depauperización creciente <sup>1</sup>.

Junto al concepto de pobreza («*paupertas*») como carencia, se desarrolla la idea de «los pobres», percibidos como grupo social que suscita sentimientos de piedad y a la vez de inquietud por su gran número.

Las actividades artesanales antiguas progresivamente se deterioraban, los artesanos incluso perdían autonomía, «no resistían la competencia de la productividad rural y urbana organizada por el capital mercantil, y no estaban en condiciones de asegurarse el suministro de las materias primas ni la venta del producto», de tal manera que su única salida consistía en entrar en el grupo de asalariados, a pesar de lo que este hecho podía suponer de progresiva pauperización difícil de superar.

En el campo esta población es una población sobrante, en la ciudad los pobres constituyen una masa de «miseria trabajadora». El historiador Henry Hauser, hace algunos años habló de una particular «modernidad» del siglo XVI, debida a procesos sociales y económicos <sup>2</sup>.

La prosperidad de las ciudades de los siglos XV y XVI estaba unida a sus funciones comerciales y bancarias, al desarrollo de la imprenta, la industria de la seda, sobre todo desde 1536 y otras industrias incipientes. Sin embargo «las impetuosas oscilaciones del desarrollo protoindustrial provocan un enorme drenaje de las reservas de mano de obra del campo; que en los periodos de depresión se quedan sin medios de subsistencia» <sup>3</sup>.

Otro factor importante que impulsa la salida del campo a las ciudades es la esperanza de salarios más elevados; ante este hecho conviene señalar que el rasgo característico de este primer «desarrollo capitalista» es la explotación de los asalariados, por la escasez de los jornales causa de la miseria material de los trabajadores. Las mejoras producidas, en algunos casos, por la llegada a la ciudad, se mantenían siempre amenazadas por las repetidas crisis de subsistencia que se produjeron en aquellos años.

La serie de crisis sucesivas producen la toma de conciencia del problema por parte de personalidades de muy distinta convicción religiosa, ideología política o sentido social. Citemos por ejemplo las relaciones entre pobreza y trabajo que tanto preocupan a Greyler de Kayserberg o Johannes Pauli, predicadores los dos; el problema de la miseria que inquieta profundamente a Luis Vives y otros contemporáneos, como Alexo Venegas, Domingo de Soto o Francisco Osuna.

<sup>1</sup> El tema está ampliamente tratado por GEREMEK, B.: *La piedad y la borca*, Alianza, Madrid, 1989, p. 128 y ss.

<sup>2</sup> Henry Hauser, ha estudiado con precisión estos temas. Citado por GEREMEK, B.: p. 84.

<sup>3</sup> GEREMEK, B.: *op. cit.*, p. 131.

Sociólogos que han escrito sobre el tema, consideran que « estas experiencias han tenido una gran importancia para las iniciativas de reforma ciudadana de las instituciones de caridad y para la formación de una moderna política social»<sup>4</sup>.

El pensamiento de Stuart Woolf y su opinión autorizada, me parecen interesantes al respecto. A principios del siglo XVI tuvieron lugar importantes transformaciones que se manifestaron sucesivamente hasta principios del siglo XIX. Tras una prolongada pausa, se reanudaron en el fin de siglo con las actividades generalizadas del Estado, que por su forma y su alcance señalan el origen del Estado asistencial. La cronología de estos cambios institucionales no es la misma para toda Europa occidental, pues las fuerzas que motivaron tales reformas –privadas, municipales, eclesiásticas y estatales– variaron en la voluntad y la capacidad de persuadir e imponerse en las distintas poblaciones.

Entre los años 1520 y 1540 la primera reforma importante del sistema de caridad se caracterizó por su naturaleza esencialmente municipal y por una notable coincidencia de propósitos y métodos. Las autoridades civiles reemplazaron a la Iglesia en la responsabilidad de los actos caritativos e intentaron centralizar y racionalizar los recursos, canalizándolos hacia grupos específicos, en especial las minorías, mientras ordenaban la expulsión de los extranjeros, la prohibición de la mendicidad, la restricción de la acogida tradicional a los peregrinos y la separación de los físicamente capacitados en talleres.

En 1522, el movimiento se difundió desde Wittenberg a través de las ciudades del sur y del oeste de Alemania, a través de Flandes –donde los estatutos de Yprés actuaron como prototipo– hasta el norte y el oeste de Francia –cuyo modelo nacional fue la Aumône General de Lyon–, hasta Venecia, Verona, Génova y Bolonia, principalmente en los años 1530 y 1540; a mediados del siglo XVI se adoptaron estructuras centralizadas semejantes en el ámbito municipal e incluso estatal de la Europa protestante, en Inglaterra –las leyes de pobres de 1531 y 1536–, Holanda, Alemania y Escandinavia<sup>5</sup>.

También en los años veinte y treinta del siglo XVI se asiste a un cruce de problemáticas relacionadas con asuntos políticos, temas religiosos, cuestiones prácticas y son variadas las respuestas de las diferentes ciudades del Imperio. En 1522, en Nüremberg, se realiza la centralización de la asistencia a los pobres; lo mismo se hace en Estrasburgo en 1523; en 1525 en Yprés una disposición similar que tendrá numerosos imitadores en otros lugares, como se señala anteriormente; en 1526 Vives publica *De subventione pauperum* y en 1535 *De comunione rerum*. Cuatro años después, Domingo de Soto escribe el tomo primero de «*Relectio de eleemosyna*» al que seguirán otros, poco tiempo más tarde.

En la misma década se suceden una serie de malas cosechas con graves perjuicios de dimensión europea que se repiten cíclicamente, hechos que obligan a tomar decisiones con respecto a la población pobre. A finales del siglo XV, cuando los años eran más difíciles se organizaban albergues para los menesterosos, se distribuían alimentos, en ocasiones las parroquias obligaban a trabajar a los pobres hábiles sin ofrecerles ni siquiera el sustento; entre 1513 y 1515 se adoptan mediadas para limpiar las ciudades de mendigos. Estamos en un momento histórico importante que, para algunos significa el origen de la política social.

4 GEREMEK, B.: *op. cit.* p. 137.

5 WOOLF, S.: *Los pobres en la Europa Moderna*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 36-37.

De tal manera estaba la situación que en 1531 mediante un edicto imperial se sancionaban las iniciativas de las ciudades y se establecían normas que afectaban a la «política social» y a la reorganización de la asistencia a los pobres. Sus fines eran siempre los mismos, quitar de la vista del público a los mendigos y obligarles a trabajar.

Sin embargo, en la ciudad la falta de trabajo provocaba la «superación del umbral de la miseria. «En este sentido una precisión es conveniente, se trata de considerar la desocupación según las categorías de la vida económica de la época. Junto a las coyunturales depresiones periódicas a las que estaba sometida la vida económica de un lugar concreto o de una determinada rama de la producción, y que provocaban la pérdida del trabajo para la mayor parte de la masa de los trabajadores de cualquier categoría y cualificación, hay que distinguir otro tipo de fenómenos. Entre ellos, las crisis alimenticias que de pronto echaban del campo a una gran parte de la población que consiguientemente llegaban a las ciudades a buscar trabajo, de tal manera que aparecía en el mercado laboral un excedente importante de mano de obra preparada. Y las epidemias, que no eran menos decisivas en la toma de conciencia del peligro que representaban para el interés común la aglomeración de pobres. Las medidas contra los mendigos y vagabundos para evitar la difusión de la peste eran constantes. Constituían una de las causas más serias del miedo a los pobres que, en cualquiera de los casos, se consideraban como una amenaza para el orden social<sup>6</sup>.

Una breve síntesis del tema, permite apreciar que la complejidad del problema de los pobres se presenta bajo diferentes aspectos. Por una parte, las ciudades se encuentran en la necesidad de hacer frente a las masas de míseros hambrientos que llegan de los alrededores, por otra, y como consecuencia, se plantean la necesidad de poner orden en la organización interna de la asistencia social, asunto que no resultaba fácil.

### **El pauperismo fenómeno de la vida urbana**

Abundar un poco más en el contexto del siglo de Vives puede ser oportuno, porque es precisamente en él donde se genera el pensamiento social vivista, contexto para el que escribe, con el que se compromete y al que pretende restaurar. Existen datos elocuentes al respecto.

«Los archivos del siglo XVI muestran cómo las transformaciones de las estructuras agrarias medievales convierten el pauperismo en un fenómeno de vida urbana. Los orígenes pueden situarse en las ciudades a caballo entre el siglo XV y el XVI, que no han conseguido crear estructuras de adaptación capaces de disciplinar el aflujo masivo de personas privadas de cualificaciones profesionales y no habituadas a la vida urbana»<sup>7</sup>.

Conviene tener en cuenta que «en el ámbito tradicional de una organización corporativa, un recién llegado podía ir adquiriendo lentamente la preparación para el oficio y para la vida ciudadana a lo largo de años de práctica artesanal o en tiendas de mercaderes en contacto con las casas y con las familias burguesas». Es por tanto un aprendizaje distinto.

<sup>6</sup> GEREMEK, B.: *op. cit.*, p. 133.

<sup>7</sup> CHRISTOPHE, P.: *La Historia de la pobreza*, Verbo Divino, Navarra, 1989, p. 136.

En una sociedad primitiva, el individuo generalmente no se siente amenazado de morir de hambre. «No existe hambre en las sociedades que viven en el límite del nivel de subsistencia» Sucede lo mismo en la comunidad rural o en otros tipos de organización social europea hasta comienzos del siglo XVI, cuando las ideas modernas sobre los pobres, propuestas por el humanista Vives, fueron debatidas en la Sorbona<sup>8</sup>.

El mundo de los pobres, la pobreza en general, en los umbrales de la época moderna, era una amenaza permanente, en una población muy numerosa de personas que «no tienen profesión ni oficio alguno particular». En las ciudades viven pequeños artesanos, a veces numerosos, que rondan con la indigencia. Cuantificar el fenómeno de la indigencia en esta época, no es tarea fácil. Se han hecho numerosos intentos y la heterogeneidad de los datos, además de las escasas fuentes válidas, no permiten más que aproximaciones de escaso valor.

En los inicios del pensamiento estadístico en Europa el problema del cómputo de pobres constituía uno de los primeros objetivos de interés. Autores que se han dedicado a cuantificar estos hechos, aunque no contaron con datos demográficos fiables, sin embargo afirmaron la conciencia de la enormidad del fenómeno de la pobreza. Realmente es imposible un cálculo global en virtud de esta noción amplia de la pobreza y de la variedad de las situaciones. Según las ciudades los pobres pueden representar del 6 al 10 por 100 de la población. Pero basta un pequeño cambio en las coyunturas para que muchos se vean obligados a traspasar el umbral que separa el bienestar de la pobreza y la pobreza de la indigencia y de la mendicidad. Jean-Pierre Gutton subraya esta idea: «De la pobreza a la mendicidad, la diferencia es sólo de grado»<sup>9</sup>.

Las guerras, el paro, las epidemias, las deudas provocan un aumento de la mendicidad. Los jornaleros, los braceros, los pequeños campesinos y los artesanos son los más afectados. Por los caminos se multiplican los vagabundos, la pobreza se generaliza.

Tomás Moro, en una página expresiva de su obra *Utopía*, publicada en 1516, precisamente en los años en que Vives estaba en Inglaterra, condena la conducta egoísta de los grandes propietarios, que obligan al éxodo de las familias rurales con las tristes consecuencias de vagabundeo, prisión, muerte. Moro escribe: «... cualquiera que sea la razón, emigran infelices, varones, mujeres, maridos, esposas, huérfanos, viudas, padres con hijos pequeños, familias más numerosas que ricas; emigran, digo, de los lugares conocidos y acostumbrados sin encontrar a dónde acogerse. ¿Qué otra cosa les queda sino vagar y mendigar, aunque en este caso también se les arroja a la cárcel, pues deambulan ociosos al no aceptar nadie sus servicios, a pesar de que ellos los ofrecen con el mayor ahinco? Donde ya no se siembra nada, no hay trabajo campesino alguno de los que ellos saben realizar»<sup>10</sup>.

Y Tomás Moro se indigna ante esta situación y grita contra las «ovejas comedoras de hombres». «*La Utopía* y *El socorro de los pobres*, opina Riber, alientan en la misma atmósfera de piedad para con los humildes y los desvalidos, de una acuciante solicitud del bien público y de un amor profundo por la Humanidad»<sup>11</sup>.

8 (HERSOKOVITS, M. J. (1940): *The Economic Life of Primitive Peoples*, citado por POLANYI, K. P. 268).

9 CHRISTOPHE, P.: *op. cit.* p. 119.

10 MORO, T. (1987): *Utopía*, Madrid, Tecnos, pp. 18-20.

11 VIVES, J. L.: *Del socorro de los pobres*, Hacer, Barcelona, 1992, p. 130.

Como respuesta y, siguiendo lo que ya era una especie de aspiración, la caridad se canaliza a través de hermandades, hospitales, hospicios, montes de piedad, en lugar de hacerlo directamente en forma de limosnas a los pobres, para evitar cierto peligro de discriminación. De esta manera, «la caridad se hace urbana», interviene la iniciativa eclesiástica apoyada por los obispos y por la monarquía y se inicia la transformación de los pequeños hospicios medievales en nuevos y grandes hospitales. No debe sorprendernos, por tanto, tal como ha estudiado Woolf, «que las ciudades del norte y centro de Italia por su precoz desarrollo y la acumulación de riqueza dispusieran de las infraestructuras de soporte más elaboradas y sofisticadas, tanto de carácter público como privado». En otros lugares de Europa el desarrollo es más tardío<sup>12</sup>.

### Juan Luis Vives en el escenario europeo

Su vida, suficientemente conocida, me exime de un estudio detenido, dada la extensión de este artículo. No obstante es preciso señalar algunos de los datos más relevantes en relación con el contexto real del gran humanista.

El año 1492 fue rico en acontecimientos importantes y de gran trascendencia histórica.

Baste citar el conflicto con los juíos que acaba con la expulsión en masa decretada por los Reyes Católicos. La Reconquista castellana culmina con la rendición de Granada. Cristóbal Colón, «con su miniflota de tres carabelas de la Corona de Castilla, llega a una isla que vendrá a ser América»<sup>13</sup>.

En el orden de la cultura se publica la gramática castellana de Elio Antonio de Nebrija. En el mismo año otro valenciano, Rodrigo de Borja, accede al pontificado con el nombre de Alejandro VI.

El 6 de marzo nace Juan Luis Vives March. Entonce Valencia, su ciudad natal, era una gran urbe, con una población aproximada de 100.000 habitantes, cifra sólo alcanzada por Sevilla en España.

Parece que pertenecía a la familia de los Vives de Denia y a su vez de los March, cuyo mejor ascendiente sería el mismo Ausias March. También parece clara su ascendencia judía, razón que, en parte explicaría su vida fuera de España y que le convertiría en el primer exiliado español. Es un dato a tener en cuenta para un mejor entendimiento de su obra.

Estudia en Valencia, en la Universidad fundada por Alejandro VI. Tras su efímero paso de un año estudiando latín, griego y retórica, se traslada a París y permanecerá allí, en la Universidad desde 1509 hasta 1512. Fueron tres años que le proporcionaron una rica experiencia en conocimientos, en relaciones personales con profesores y amigos que perduraron toda su vida. En París se vincula con Erasmo de Rotterdam, con Guillermo Budeo, con Lefevre d'Étaples y con otros humanistas europeos, independientes de la corriente humanista italiana.

Se desconoce con precisión la razón por la cual Vives abandona París después de tres años en la Facultad de Artes. Sabemos que en el otoño de 1512 llega a Brujas y se convierte así en ciudadano de los Países Bajos; será realmente el lugar de residencia de su vida, si exceptuamos los cinco años que pasó en Inglaterra.

<sup>12</sup> WOOLF, S.: *op. cit.*, p. 33.

<sup>13</sup> CASADO, D.: Introducción, Luis Vives, *Del socorro de los pobres*, Hacer, Barcelona, 1992, p. 11.

Al llegar e instalarse desde el principio en Brujas, encontró una selecta colonia de judíos españoles, con una de cuyas familias emparentó, casándose con su hija Margarita en 1524. Estas oportunas relaciones facilitaron su entrada en los más brillantes círculos culturales del país. En 1515 se conocen en Brujas Tomás Moro, que viaja en misión diplomática, y Luis Vives. Es una época poco feliz para Vives; goza de escasa salud, dispone de limitados recursos económicos, se dedicará a escribir sobre todo, hasta su traslado a Lovaina, como profesor de la Universidad.

En 1523 viaja a Inglaterra, pasa una temporada en casa de Tomás Moro, es grande su prestigio como jurista y como hombre de letras. Vives se siente bien en los ambientes propios de la familia de su amigo; es profesor en Oxford; enseguida entra al servicio de Catalina de Aragón, a quien en 1523 dedicaría su obra *De institutione feminae christiana* y de María Tudor. Vive la amistad de los grandes humanistas ingleses. Vuelve a Brujas y contrae matrimonio<sup>14</sup>.

En aquellos años las luchas entre el Rey de Francia, y el Emperador Carlos conmueven el corazón de Europa. La noticia de que Francisco I ha sido hecho prisionero en Pavía se difunde rápidamente y el terror invade a muchas conciencias ante el poderío de Carlos V.

Por otra parte se avecina la ruptura entre Catalina de Aragón y Enrique VIII. Fue la experiencia más radical en el rumbo de vida del humanista. «La pobreza me horroriza, escribí entonces a uno de sus amigos. Hasta ahora he vivido de la generosidad de los príncipes; pero lo que me dan no bliga a someterse»

En ese mismo año, 1525, termina una de sus obras más influyentes de contenido social, *Del socorro de los pobres*, intentando dar respuesta a graves necesidades de la época.

La última etapa de su vida (1528-1540) está marcada por el aislamiento y la penuria de su casa de Brujas. El emperador Carlos le concede una subvención que, según sus palabras, «apenas cubre la mitad de mis gastos». Sin embargo, en estos años, se convierte en uno de los más importantes reformadores de la educación europea<sup>15</sup>.

Los grandes humanistas, Erasmo, Budeo, Moro, le mostraban la mayor estima y prestaban atención a sus obras. No existe ninguna duda sobre su relevante personalidad y su influencia. Hombre de espíritu crítico, de voluntad regeneradora, preocupado por los problemas de su tiempo y deseoso de encontrar soluciones, ha merecido reconocimiento universal. En algunas disciplinas se le conoce como verdadero fundador. Tal es el caso de la beneficencia, campo en el que su tratado *Del Socorro de los pobres*, es considerado, desde el punto de vista de la sociología de la época, como obra pionera y precursora de planteamientos posteriores.

Diez años más tarde, en 1535, año de la muerte de Tomás Moro, escribe *De la comunidad de bienes*, dirigida a los habitantes de «Alemania la Baja», también de contenido social. En 1529, publica su principal obra pacifista *De la concordia y de la discordia*, que completa con un trabajo breve, en la misma línea, *De la pacificación*; las aportaciones de estos escritos a la «educación social», son importantes.

14 PRIETO, J. M.: Prólogo, VIVES, J. L.: *Obras sociales*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1960, p. 19.

15 RODRÍGUEZ SANTIDRIAN, P. *Luis Vives. Diálogos sobre la educación*, Introducción, Alianza, Madrid, 1987, pp. 11-15.

## Los temas de educación social

Es interesante seguir la biogeografía de Vives porque, en buena medida, nos da la clave de sus compromisos vitales y de sus propuestas socioeducativas. Además que la correcta apreciación de esta obra, requiere de datos e interpretaciones que deben buscarse en otras fuentes y en las investigaciones que proceden de campos de conocimiento complementarios.

Entre los años 1525 y 1530, el problema de la pobreza es inquietante; los vagabundos se convirtieron en una amenaza contra el orden público y causaron serias preocupaciones a los gobiernos. Existía una masa de pobres que vivían al margen de la sociedad. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, todos esos individuos caen bajo la sospecha de difundir la herejía o de ser expías del extranjero, además constituyen factores de contagio y se ven expulsados o aislados cuando se presenta una epidemia. Todos esos marginados dan miedo, son gente «sin conciencia», son expresiones que se repiten una y otra vez.

El número creciente de necesitados, su vagabundeo sospechoso, la proliferación de la miseria, engendran reflejos de temor y hacen desaparecer el carácter sagrado del pobre. En el siglo XVI tenemos abundante literatura que evoca a los medigos, a los pícaros y por otra parte tanto católicos como reformadores exaltan el trabajo, la ocupación. La idea medieval del valor religioso del trabajo implica la condena de la ociosidad. La pobreza queda desmitificada; es un mal que hay que combatir<sup>16</sup>.

En este escenario escribe Luis Vives, invadido por un fuerte compromiso temporal, el compromiso del intelectual que hace de la problemática de su tiempo la preocupación máxima de sus reflexiones. Participa de los problemas sociales de su entorno; conoce las ciudades y los pueblos de Europa; se relaciona con sectores de población de diferentes estamentos sociales y culturales; su experiencia vital le impulsa a buscar, proponer y solicitar a los diferentes poderes, políticos y religiosos, soluciones por todos los medios posibles.

En el conjunto de sus obras de contenido social, en ocasiones sociopolítico, encontramos sus propuestas más clarificadoras de lo que puede entenderse por «educación social». Sin duda, que las numerosas publicaciones de Vives, las de mayor orientación educativa, filosófica, psicológica y teológica, ofrecen aportaciones relevantes al respecto. Sin embargo y para este artículo, se han utilizado aquellas que particularmente tienen que ver con los pobres, con la paz, con la concordia. Aquellas que podrían situarse bajo el epígrafe de obras de incidencia social. Además de las anteriormente citadas, merecen atención especial:

*Carta al papa Adriano VI (1522)*, sobre el malestar y los disturbios en Europa;

*Carta a Juan Longland (1524)*, obispo de Lincoln, confesor del Ilustre Rey de Inglaterra sobre los obstáculos para la consecución de la paz;

*Carta a Enrique VIII (1525)*, Ilustre Rey de Inglaterra sobre la prisión de Francisco I, Rey de Francia por el César Carlos V;

*Carta a Enrique VIII (1525)*, Rey de Inglaterra sobre la paz entre el César y Francisco I, Rey de Francia y sobre el mejor estado del reino;

*De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el turco (1526)*.

<sup>16</sup> CHRISTOPHE, P.: *op. cit.* p. 123.



Se ha dicho que en Vives más que humanismo vemos humanitarismo, esto es amor e interés por el hombre concreto y por sus necesidades cotidianas. Puede ser cierto, pero de lo que no cabe duda es de que su existencia la pasa inmerso en la ciudad, una realidad social cuya estructura impone un peculiar modo de vida y este modo de vida es el que él adopta sin reparos. Se siente ciudadano del lugar donde reside; después de unos años de estancia en Brujas, Oxford o Lovaina, sus vivencias son de persona comprometida con estas ciudades, porque han surgido unos vínculos conformadores de su pensamiento<sup>17</sup>.

Por esta razón dedica su obra, *Del socorro de los pobres* a los burgomaestres de Brujas con unas palabras llenas de sentido: «Yo tengo tanta afición a esta ciudad (Brujas) como a mi nativa Valencia y no la nombro con otro nombre que el de Patria».

La obra *Del socorro de los pobres*, es tan rica en sus aportaciones, que difícilmente puede ser analizada en las páginas de un artículo. Por esta razón se expresan aquí aquellos aspectos relevantes, sin ningún ánimo de exhaustividad, conscientes de que sólo su lectura puede dar cuenta de la infinidad de ideas y situaciones que maneja. No obstante, algunos descriptores permiten mostrar cómo Vives aborda la problemática de los pobres en la Europa de su tiempo.

#### «Que se socorra al menesteroso»

Le preocupa al gran humanista del Renacimiento la atención debida a los pobres y a la vez su comportamiento, su presencia efectiva en ambientes generados por tantas carencias como se producen con las transformaciones sociales del principio de los tiempos modernos.

En el caso de los menesterosos propone: «Hacer que cada uno reciba lo que necesite, y necesita, en verdad, aquel que no tiene ni puede agenciárselo, ya sea por la edad o por su flaqueza física o por su ignorancia; pero no aquel que lo derrochó todo y luego pide desvergonzadamente o, por decir mejor, lo exige, como si se le fuera debido o fuese de su propiedad: zángano ocioso puesto al acecho de la laboriosidad ajena». Insiste en el tema y piensa que «Todo aquel que necesita de la ayuda de otro es pobre y menesteroso de misericordia <...> la cual no consiste sólo en distribuir dinero, como el vulgo piensa, sino en cualquier obra por cuyo medio se socorre la miseria humana»<sup>18</sup>.

Para los niños expósitos que son las principales víctimas de las situaciones de precariedad y carencias de cualquier tipo, propone que «tengan su hospital en donde se alimenten y sean trasladados después de los seis años a la escuela pública donde aprendan las primeras letras y buenas costumbres y sean allí mantenidos»<sup>19</sup>.

El concepto de hospital en esta época se aplicaba a una institución que albergaba enfermos, ancianos, mendigos, impedidos, niños abandonados, expósitos. Para los niños, además de alimento, solicita escuela donde tengan instrucción y aprendan a comportarse moralmente.

17 PRIETO, J. M.: Prólogo, VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 13.

18 VIVES, J. L.: *Del socorro de los pobres*, *op. cit.*, p. 58.

19 VIVES, J. L.: *op. cit.*, pp. 187-188.

Indica también cómo deben ser los «maestros»: Gobiernen esta escuela varones honesta y cortesmente educados, en cuanto sea posible, que comuniquen sus costumbres a esta ruda escuela, porque de ninguna cosa nace mayor riesgo a los hijos de los pobres que de la vil, inmunda, incivil y tosca educación»<sup>20</sup>.

Recomienda a los magistrados que sean generosos y que no perdonen gasto alguno para adquirir estos maestros, «que si lo consiguen harto provecho harán a la ciudad que gobiernan a poca costa». Con respecto al modo de sufragar los gastos, piensa que puede hacerse de diferentes maneras. Que los monasterios cediesen parte de sus rentas, el aprovechamiento de los productos del trabajo de los asilados en estos establecimientos de caridad, de las rentas disponibles de los mismos, de las donaciones o testamentos asignados a los pobres, de lo supérfluo que se destina a fiestas y regocijos públicos en la ciudad... A pesar de estas ideas el mejor remedio que propone para el socorro de los pobres es suprimir la mendicidad.

Y se acuerda, cómo no, de las niñas abandonadas y de su escuela «en donde se han de enseñar los rudimentos de las primeras letras, y si alguna fuere apta y entregada al estudio, permítasele dilatarse en éste algo más de tiempo, con tal que se dirija todo a las mejores costumbres, aprendan sanas opiniones y la piedad o doctrina cristiana, a hilar, coser, tejer, bordar, el gobierno de la cocina, la modestia, la sobriedad o templanza, cortesía, pudor y vengüenza, y lo principal de todo guardar la castidad»<sup>21</sup>.

Se plantea cómo acabar con la mendicidad, puesto que de ello se seguirían grandes bienes. Encuentra que lo mejor sería enviar a los mendigos sanos a sus respectivos pueblos, enseñarles a trabajar, socorrer convenientemente a los pobres verdaderos, a los ancianos, a los enfermos. Y a todos prohibirles pedir limosna. El resultado de estas acciones lo expresa así: «Entre las comodidades, bienes y provechos que se siguen... lo sexto, tendrá la ciudad un incomparable logro e imponderable ganancia con tantos ciudadanos como verá hechos más civiles y bien criados, más sociables y más cómodos y útiles a la patria, y que la amarán más como que en ella se sustentan, y no pensarán en novedades, sediciones y tumultos»<sup>22</sup>.

## Educar para el trabajo

Consultar la historia social del trabajo del siglo XVI resulta clarificador al respecto y contextualiza adecuadamente las reflexiones de Vives. Por otra parte, las afirmaciones son coincidentes con la historia social en general y también con la historia de la cultura. Pues bien, acudiendo a Aizpuru y Rivera, señalamos con ellos que «junto a las transformaciones provocadas por el desarrollo económico, las nuevas corrientes de pensamiento que surgieron en el Renacimiento revalorizaron el concepto de trabajo, dándole la dignidad que en muy pocas ocasiones había tenido en siglos anteriores.

La vindicación del trabajo vino dada, por un lado, por la obra de toda una serie de filósofos que, en su intento de describir lo que debería ser la sociedad ideal, la utopía, destacaban con diferente intensidad la importancia del trabajo en la misma, aunque la

<sup>20</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, pp. 187-188.

<sup>21</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, pp. 187-188.

<sup>22</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 241.

mayor parte de ellos siguieron distinguiendo entre trabajo mental y manual, primando al primero de ellos <sup>23</sup>.

Sin embargo, encontramos una queja frecuente, sobre todo en la obra *Del socorro de los pobres*, «existen tantas facetas de pobreza, y se encuentran tantos holgazanes que preferirían morir antes que arrimar la mano a un trabajo», que necesita una y otra vez insistir, en lo que entiende que es el único medio de solución, en la rehabilitación mediante el trabajo, sea para mendigos de fuera o de dentro de la ciudad, o sea para los que pasan alguna necesidad en sus casas. «Se ha de tener consideración con la edad y quebranto de la salud, pero con la precaución de que no nos engañen con la ficción o pretexto del achaque o enfermedad <...> de los mendigos sanos los que sean forasteros remítanse a sus ciudades o poblaciones, pero dándoles viático...» <sup>24</sup>. En el fondo se percibe un alto contenido moral así como una sensibilidad social acusada.

«A los hijos de la patria se ha de preguntar si saben algún oficio; los que ninguno saben, si son de proporcionada edad, han de ser instruidos en aquel a que tengan más inclinación, si se puede, y si no en el que sea más semejante..., si es ya de proveya edad o de ingenio demasiado rudo, enséñesele oficio más fácil, y finalmente el que cualquiera puede aprender en pocos días, como cabar, sacar agua, llevar algo a cuestas o en el pequeño carro de una rueda, acompañar al magistrado, ser ministro de éste para algunas diligencias, ir a donde le envíen con letras o mandatos, o cuidar y gobernar caballos de alquiler» <sup>25</sup>.

Vives se preocupa por las personas discapacitadas. Sobre todo y debido a la presencia de un número importante de ciegos debida a escasa y deficiente alimentación, a enfermedades o accidentes «Ni a los ciegos se les permita estar o andar ociosos, hay muchas cosas en que pueden ejercitarse; unos son a propósito para las letras habiendo quien les lea, estudien, que en algunos de ellos vemos progresos de erudición nada despreciables, otros son aptos para la música, canten y toquen instrumentos de cuerda o de soplo, hagan otros andar tornos y ruedecillas, trabajen otros en los lagares ayudando a mover prensas, den otros a los fuelles en las oficinas de los herreros, se sabe también que los ciegos hacen cajitas, cestillas y jaulas, y las ciegas hilan y devanan; en pocas palabras, como no quieran holgar y huir del trabajo, fácilmente hallarán en qué ocuparse; la pereza y flojedad y no el defecto del cuerpo es el motivo para decir que nada pueden» <sup>26</sup>.

Realmente el interés que muestra por el trabajo, como medio reahabilitador y educativo, merecería un estudio específico, que no es objeto de este trabajo. Denuncia constantemente la presencia de vagos, de ociosos, de falsos mendigos. «Que nadie viva ocioso en la ciudad. Cada uno en su puesto, atento a su oficio porque los hombres con no hacer nada aprenden a hacer mal» <sup>27</sup>.

Refiriéndose a los menesterosos, «porque malgastaron su fortuna», ofrece oportunidades de trabajo. Austeridad y dureza en primer lugar «porque no fácilmente reincidan en los mismos vicios», después talleres donde se les admita. Los que «trabajan en lana, dice, la mayoría de obreros, se quejan de la escasez de oficiales, y los que tejen las sedas de Brujas admitirían a cualesquiera muchachos no más que para hacer girar y ro-

<sup>23</sup> AIZPURU, M., RIVERA, A.: *Historia social del trabajo*, Siglo XVI, Madrid, 1994, p. 18.

<sup>24</sup> CARASA SOTO, P.: Juan Luis Vives y la valoración de la capacidad humana, *Boletín del Real Patronato*, Madrid, 1985, p. 32.

<sup>25</sup> VIVES, J. L.: *Del socorro de los pobres*, *op. cit.* pp. 318-320.

<sup>26</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, pp. 178-179.

<sup>27</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 158.

dar ciertos tornillos o ruedecillas y darían diariamente a cada uno hasta una moneda además de la comida; y con todo no pueden encontrar a los tales muchachos aprendices, porque sus padres dicen que traen más a casa con el pordioseo»<sup>28</sup>.

Le preocupa el comportamiento de los pobres, porque sus necesidades son el origen de la miseria. En relación con «hacer el bien», aparece una idea nueva, la idea de beneficencia, con el mismo sentido que el socorro mutuo y, naturalmente, surge un problema: cuando y cómo hacer el bien porque la libre práctica de la caridad estimula la mendicidad y, por tanto, la ociosidad, hay que prohibir la mendicidad libre, regularla, e imponer sistemas de asistencia domiciliaria y de recogimiento de pobres. Vives, defiende la recogida de pobres, ancianos, jóvenes, niños, expósitos en establecimientos apropiados (casas de misericordia, hospicios) y la creación de albergues para los de cada población.

Las respuestas ante la problemática preocupante de la pobreza se suceden. Se buscan nuevos caminos, se proponen acciones diferentes, se piensa en nuevas políticas y distintas prácticas individuales e institucionales. Nuestra literatura abunda en reflexiones sobre el tema y la producción de obras específicas tratando de solucionar el fenómeno de la pobreza, de los necesitados, de la limosna. Desde el punto de vista de comportamientos morales, de «educación social» diríamos hoy, me permito señalar algunas de las aparecidas en el siglo XVI, continuadoras de las obras de Vives o complementarias.

El sentido de la vida y el compromiso cristiano de Vives, hacen que propicie las acciones que exigen actitudes y valores relacionados con el compartir. En su obra *De la comunidad de bienes* es explícito al respecto: «Sepa, por tanto, cualquiera que posee los dones de la naturaleza, que comunicándolos con el hermano los posee legítimamente y por voluntad e institución de la naturaleza... no nacimos para nosotros solos»<sup>29</sup>.

El alcance de las crisis sociales de aquellos años se refleja también en las rebeliones populares, en las guerras, en las agitaciones campesinas en Alemania y España, en revueltas campesinas y urbanas en Inglaterra, Francia y los Países Bajos. «De hecho los vagabundos constituyen una masa fácil de maniobrar en los motines agrarios, en los ataques a los cargamentos de trigo. Están presentes en los motines sociales como el de Lyon en 1529, la «gran revolución» que originó la subida del precio de los alimentos. En 1529, durante tres días la ciudad de Lyon estuvo en manos de los amotinados. Otro tanto sucedía periódicamente en otras ciudades europeas»<sup>30</sup>.

El levantamiento era un movimiento social típico de esta época. Los autores son los componentes de los antiguos gremios medievales, esos artesanos imbuidos de ideas mágicas y aficionados a la brujería que al encontrarse en un medio social nuevo, como es la ciudad del Renacimiento, cobran conciencia de su poder e intentan desempeñar una función más importante en la nueva situación.

En el escrito que dirige a los habitantes de «Alemania la Baja», encontramos referencias constantes al Evangelio, al ejercicio de la caridad «que todo lo hace común, así por la ley natural, como también y de una manera especial, por la ley de Dios, que es superior a la misma Naturaleza»<sup>31</sup>.

Señala como valor necesario el hecho de compartir con los demás. Se esfuerza en recomendar actitudes favorables a los otros, en fomentar hábitos solidarios y se queja

<sup>28</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 105.

<sup>29</sup> VIVES, J. L.: *De la comunidad de bienes*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1960, p. 113.

<sup>30</sup> CHRISTOPHE, P. *op. cit.*, p. 123.

<sup>31</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 141.

de que «mientras que para hacer el bien y hacer partícipes a otros de nuestro provecho, medimos nuestra solicitud en términos muy estrechos, la ensanchamos largamente para hacer el mal, la injusticia, la venganza»<sup>32</sup>.

Además de compartir, ayudar; es el mensaje que envía a los pueblos de Alemania, de alto contenido espiritual, cristiano, social y de amplio sentido de la justicia: «La caridad ejércese con los demás ayudándoles según tus posibilidades y favoreciéndoles en el alma, en el cuerpo, en la hacienda, en el deseo, en la palabra, en la obra, por tí mismo, por cualesquiera otros hasta donde les pueda asistir»<sup>33</sup>.

En su programa socioeducativo se repite como una constante, su preocupación porque se socorra al menesteroso, porque se creen hombres nuevos, porque se eduque para el trabajo.

Además de las obras de Vives, sobre la pobreza y la limosna, se editan otras a lo largo del siglo XVI, especialmente a partir de los años treinta. Se editan 23 *tratados sobre los pobres y la limosna* de veinte autores, son sesenta y siete las ediciones y siete el número de ejemplares inéditos<sup>34</sup>.

### La paz, la concordia y el entendimiento entre los pueblos

Jamás cejó Vives en denunciar proféticamente, ante reyes, papas y otros poderosos la sistemática violación de la paz y de los derechos de la gente común, como ponen de manifiesto Noreña (1994) y Saitta (1995) en su Introducción al *De subventione pauperum*. Estaba familiarizado con los graves acontecimientos de la época en Europa: las germanías en Valencia, guerras comuneras en Castilla, guerras paisanas en Alemania, guerras entre príncipes, gueras entre reyes y naciones (Francisco I, Enrique VIII, Carlos V, los papas), la opresión del pueblo inglés con levas e impuestos de guerra, las emigraciones masivas huyendo de batallas y plagas, la pobreza y el desarraigo, la enfermedad y la discapacidad y como resultado de todo ello o del mercantilismo, las brutales alzas de precios y el declinar de algunas ciudades, entre ellas Brujas<sup>35</sup>.

Ante esta situación, Vives escribe a Enrique VIII en 1525 una carta sobre la paz entre el César y Francisco I rey de Francia. En ella advierte de las consecuencias de la violencia: «El pueblo, agobiado de tributos, barrido por las armas, el comercio por tierra y mar, vive en suma estrechez y miseria, tan exprimido y tan arruinado que cuando, por fin, retornan la paz y la quietud en la larga posguerra, la convalecencia se hace harto larga y difícil. Muchos, cesantes en su oficio lucrativo, si son inválidos, se dedican a la mendicidad, y si no lo son se dedican al pillaje»<sup>36</sup>.

Una de las preocupaciones que arrastró durante toda su vida fue la paz. Deseó la concordia y el entendimiento entre los pueblos. No puede olvidarse que fue testigo de guerras, cismas, intrigas, incomprensiones y discordias que pusieron en peligro la paz de los pueblos de Europa.

<sup>32</sup> VIVES, J. L.: *De la concordia, op. cit.*, p. 99.

<sup>33</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 156.

<sup>34</sup> De estas obras, Domingo de Soto escribe tres; Miguel de Giginta, cinco y cierra el siglo Cristóbal Pérez de Herrera, en 1599, con el *Amparo de los pobres*.

<sup>35</sup> PUIG DE LA BELLA CASA, R., *La discapacidad y la rehabilitación en Juan Luis Vives*, Real Patronato de prevención y atención a personas con minusvalías, Madrid, 1993, p. 66.

<sup>36</sup> VIVES, J. L.: *Segunda Carta a Enrique VIII sobre la paz entre el César y Francisco I Rey de Francia*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1960, p. 33.

Con ocasión de dedicar la obra al Emperador Carlos V, al describir la situación del mundo le decía: «Vemos los campos mustios y asolados, arruinados los edificios; unas ciudades igualadas con el suelo, y las otras evacuadas y desiertas; las subsistencias escasas y a precios inasequibles; las letras descaecidas y perdidas casi del todo; la moral rota; pervertido el juicio y trastornado hasta un punto tal que a los crímenes les da consideración de buenas obras»

Buscaba por todos los medios posibles un ideal de concordia. No puede sorprender, por tanto, que se dirija directamente a reyes, y a príncipes solicitando acuerdos de paz; a preceptores, padres, esposos, súbditos, vecinos, amigos, para terminar acudiendo a los papas, porque «este oficio de pacificación es peculiar de los Pontífices, puesto que los considera más cercanos a los apóstoles.

Al dedicar los cuatro libros acerca de la *Concordia y de la discordia del género humano* al «Cesar Augusto, Rey de las Españas. En tu Brujas, 1 de julio de 1529, le recuerda que «la paz, el amor y la concordia nos conservan en nuestra naturaleza humana, así como la discordia nos impide ser hombres»<sup>37</sup>.

Utiliza un argumento tan importante, porque considera que la distinción y el oficio de Emperador le obligan a promover en todas las naciones la «pública paz y la concordia». Insiste con referencias concretas a los sucesos bélicos de Europa, que como consecuencia de tantas y tan sucesivas guerras, ha sufrido enormes daños y está necesitada de «grande y casi universal restauración» y para conseguirlo, nada le es más conveniente, y eficaz.

La intención de Vives al dedicar este escrito a Carlos V, parece suficientemente clara. Y se lo dice él mismo: «me pareció que debía dedicarte esta obra porque en tus manos y en tu voluntad está puesta una gran parte de la concordia y de la quietud humana». La dedicatoria implica un «compromiso temporal, a favor de la paz.

Alude a continuación a la confianza que se tiene en él; a la seguridad de que en sus planes está lograr «la paz entre los príncipes, firme y duradera» y la concordia de opiniones «útil y necesaria a la familia humana»<sup>38</sup>.

Sin embargo, aprovecha para hacer extensiva su petición a otros: «Según espero y me parece, exhorto al que ya corre; pero no escribo sólo para tí, sino para todos a partir de tí: a los particulares y a los príncipes». Sin duda, la implicación de la sociedad entera en el empeño de la pacificación, le parecía el mejor camino.

Repetidas veces en esta obra se muestra crítico con el Emperador, en general con los poderosos, sobre todo cuando expresa los deseos de los pueblos, los intereses de las ciudades, los perjuicios de querer acaparar territorios, dominio, poder. Le advierte contra el deseo de venganza, afán de sobresalir, avidez infinita de imperio, de dominio de grandeza. Considera «un grande error de aquellas mentes humanas el pensar que habrían de conseguir el honor y la alabanza, haciendo carnicería en otros». Puesto que, no cabe pensar que los orígenes y causas de las guerras se encierren dentro de los límites del honor, aunque «por doquier se ha dado el nombre y el precio del honor a multitud de cosas» siendo así que «el hombre ha sido hecho por naturaleza para practicar la humanidad y la mansedumbre»<sup>39</sup>.

<sup>37</sup> VIVES, J. L.: *De la concordia y de la discordia*, Ed. Paulinas, Madrid, 1977, p. 56. (Esta edición, cuenta con una excelente presentación de Enrique Rivera. En este artículo se sigue, en una parte, su planteamiento, por considerarlo adecuado al tema).

<sup>38</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 49.

<sup>39</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 106 y 125.

Está convencido de la necesidad de la «ayuda mutua», de la oportunidad de ayudarse entre sí y, con relativa frecuencia, señala que «ninguna cosa es más apta para defender y conservar la sociedad que recordar a las leyes y a los magistrados para obedecerlos y a los ciudadanos para ayudarlos»<sup>40</sup>.

Y nuestro humanista pide ayuda a todos. Pide porque él mismo lucha por salvar la paz.

En la segunda Carta a Enrique VIII le dice: «Con el mismo ahinco con que en todo tiempo exhorté a la paz a tu magestad y a todo los otros príncipes con quien tuve alguna privanza, ahora en éste que corremos, en que el nombre de la paz se vuelve a oír, me alegré todo, así por causa del bien público como por el de los mismos príncipes...»<sup>41</sup>.

Tres años antes desde Lovaina, en 1522, escribía al Papa Adriano VI, «vemos guerras por un lado; por otro lado movimientos sediciosos»... «Dos son las cosas que se te piden y que se esperan de ti; el silencio de las armas entre los príncipes, el sosiego de toda sedición entre las personalidades privadas». Insiste unas páginas después: «nacidos y crecidos en medio de regias opulencias, no conociendo más que los halagos y blanduras de la fortuna, riéanse de las calamidades de los ciudadanos porque no las experimentaron... «por el amor y la concordia de esa espaciosa y triste Europa, por la cual no puedo menos de gemir, tan rota y escindida entre sí, por su pobre población tan sumida en conflictos...»<sup>42</sup>.

Las citas serían interminables, sin embargo, no se trata de suplir la lectura de las obras, de gran contenido cultural y educativo.

Los valores de paz y concordia fueron su preocupación constante. El análisis de estos escritos, permiten reconocer una serie de valores sociales: paz, concordia, convivencia, caridad, beneficencia, que sitúan a nuestro humanista en los niveles más altos del pensamiento socioeducativo. Porque, no sólo presenta los valores, sino que invita a realizarlos, a que estén presentes en la enseñanza, a que se reconozcan necesarios. La causa de que no se practiquen se debe, en buena medida, a la ignorancia, que además impide otras buenas acciones. «La ignorancia, la pertinacia y no querer ceder ante los otros es la causa que hace imposible pensar que el otro pudiera sentir o enseñar mejor»<sup>43</sup>.

Con su obra *De la pacificación*, obra muy breve, completa los cuatro libros *De la Concordia y de la discordia*. La dedica a D. Alfonso Manrique, arzobispo de Sevilla, uno de los próceres del reinado de Carlos V, ferviente erasmista, protector de Vives y de algunos de sus amigos.

Pretende mostrar cómo el esfuerzo de todos es necesario para conseguir la paz. «Nadie puede considerarse cristiano, escribe al principio, es decir, hombre consumado y perfecto, pero ni siquiera hombre si no trabaja por la paz, la concordia, la caridad, la benevolencia, en cuanto ello es posible»

El mérito de Vives consiste en aportar ideas útiles, en señalar caminos, en indicar de modo práctico y sencillo cómo se puede actuar a favor de la paz. Analiza las causas de tanta discordia y busca las formas para superarla. Es capaz de acercarse una vez más a la dura realidad de su época para conocerla y buscar soluciones a los múltiples problemas.

<sup>40</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 62 y 67.

<sup>41</sup> VIVES, J. L.: II Carta a Enrique VIII, *Obras sociales*, 211.

<sup>42</sup> VIVES, J. L.: Carta al Papa Adriano VI, *Obras sociales*, pp. 128, 187, 196.

<sup>43</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 85.

## El «educador social»

Las referencias continuas al maestro, a su función como instructor y como educador, son especialmente expresivas y generalmente valorativas. La categoría, la valía personal, el modo de ser y de hacer como maestros, son un síntoma evidente, de la preocupación que siente por esta profesión. Hace depender de su buen funcionamiento actitudes, hábitos, comportamientos de las diferentes personas y, por supuesto, los resultados de las actuaciones adecuadas. Sus enseñanzas son eficaces, si «los preceptos que recibieron del maestro no los reducen a mera palabrería y vana muestra de su capacidad de disputa, sino que los transforman en su propio cuerpo y sangre. Así entenderán todos cuan grande es la eficacia de aquellos preceptos que no desvanecen en palabras que lleva el viento, sino que se clavan en los ánimos tan hondamente que se transforman en acciones y obras. En lo cual el maestro habrá cumplido con plena probidad con su oficio y deber y recogerá la mayor gloria y fruto de su magisterio». Esta es la peculiar misión del maestro <sup>44</sup>.

Opina sobre la capacidad del maestro para educar en la paz, «la diligencia y atención de los maestros debe velar porque sus discípulos se inclinen a la benevolencia y al amor, y para alejar de sus ánimos todo lo que es acerbo y capaz de suscitar odio». La actuación del maestro le parece definitiva, y en cierta medida sorprende la comparación que establece entre el modo de actuar en la enseñanza general y cómo piensa que debe hacerse cuando se trata de educar en la paz y en la concordia. «y esto ha de hacer con mucho celo no menor que el que ponen en la instrucción de las artes y de las disciplinas que han de enseñar».

Su conocimiento de la infancia y sus posibilidades de aprendizaje, le permiten proponer a los maestros acciones concretas con los pequeños. Efectivamente, lo fundamental para él es la educación de los niños, obra a la que «se han de entregar los preceptores de todas las edades; y si descubren en los niños, ya dado por la naturaleza, ya adquirido por el propio esfuerzo, ya confirmado por la práctica, una peculiar sensibilidad para lo delicado, suave, amable y humano, lo fomenten, lo nutran, lo mantengan, lo robustezcan y lo confirmen» <sup>45</sup>.

Aparece una exigencia clara relativa a las actitudes de los preceptores, bien definidas y orientadas hacia logros eficaces en el aprendizaje. Las expresiones de Vives en este pasaje son dignas de comentario, aunque sea breve. Aparecen sus estimables intuiciones psicológicas y pedagógicas que le permiten insistir en la educación de los sentimientos, de los afectos, de las actitudes y valores, en lo más profundo del ser humano.

El sentido pedagógico de Vives, sus conocimientos y experiencia educativa quedan patentes en estas páginas. De tal manera le interesa el tema de la paz que «si la escuela no reúne estas condiciones «mejor fuera retener al niño en casa que enviarlo donde aprenda antes a hacer el mal que a distinguir el bien del mal».

Concede tal valor educativo a los ambientes tranquilos, serenos, pacíficos que incluso lo relaciona con el trabajo bien hecho. Así dice: «El padre de familia ha de fomentar la concordia dentro del hogar, para que todos sean más diligentes en su oficio». Y no sólo el ambiente exterior le preocupa, también considera importante el clima interior de tal manera que no duda en insistir sobre este asunto en distintas ocasiones y

<sup>44</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 427.

<sup>45</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 428.



nos ofrece la misma idea, él lo advierte, en sus obras *De pacificatione* y *De ratione studii puerilis*. «Ya fue expuesto por mi en otro lugar, dice, cómo ninguna enseñanza puede captarse, o retenerse, o comunicarse a otros sin paz y quietud del ánimo».

Nada, por cierto, más ajeno del estudio de las letras que las disensiones, las discordias, los odios, la malevolencia, es decir, «nada más ajeno de lo humano que lo inhumano». En sus razones para mostrar la excelencia de los valores de convivencia, comprensión, buen entendimiento, presenta la figura de un hombre que viaja, que se relaciona, que establece vínculos de amistad, y que debido a las enseñanzas de sus mayores, a la mansedumbre de su naturaleza, a las costumbres, vuelve y fija su residencia en el lugar de origen, porque «allí tiene su patria, sus padres, sus prendas más queridas, y su mejor nombre, donde se cultivan la justicia, la paz y la concordia», porque ¿qué otra cosa es la ciudad, que la vecindad, el mismo mar, el mismo camino, la misma nave en que navegan conjuntamente los vecinos?<sup>46</sup>.

Pide constantemente que enseñen la paz y la concordia, la justicia y la equidad, el espíritu de mansedumbre y de benevolencia y, sobre todo, la caridad mutua, que es «la virtud que más debería enseñarse», porque «ejercitan más sus odios y enemistades encubiertas los hombres imprudentes, no formados en los estudios humanísticos, ni educados en un recto criterio». Una vez más aboga por la educación como elemento imprescindible en el desarrollo de la sociedad y en la consecución de la armonía y la civilidad.

De la misma manera, se interesa por advertir a las autoridades, el significado positivo que tiene para ellas y para su pueblo, el mantenimiento de la concordia y de la paz. Porque «es en gran descrédito de la autoridad pública el que haya discordias y rencillas en su propia casa. ¿Quién podrá creer que alguien pueda poner en paz y mutuo acuerdo la ciudad si él mismo no es capaz de regir su propia casa?».

«Por lo que toca a los vecinos y a la ciudad ¿qué más dulce, más amable y más grato que una concordia difundida, la cual viene a ser como aura serena y tranquila que se siente por los campos y los prados en ambiente primaveral»<sup>47</sup>.

Como buen observador que es, que vive en su mundo y con la gente, que parece testigo de acontecimientos de diferentes órdenes, sus reflexiones se extienden a todo tipo de situaciones de la vida cotidiana. Puede permitirse escribir para los padres, para los hijos, para los gobernantes, para los vecinos, para la esposa, el marido, los amigos y siempre una idea eje preside su discurso: «Oigan, pues, lean, mediten y recomienden mucho y muchas veces la paz y la concordia» y en el horizonte inmediato la ciudad, el espacio más próximo en el que puedan realizarse<sup>48</sup>.

Esta realidad tan cercana, tan vivida por todos, a veces tan conflictiva como se le presenta, requiere vencer odios, evitar disensiones, litigios, riñas, pendencias y frente a ello, fomentar la equidad, amistad, benevolencia, como signos claros de los que él mismo llama civilidad y humanidad. Reclama para ello, instrucción y enseñanza, puesto que es propio de hombres fuertes y excelsos trabajar por la paz en sí mismos y en los otros. «El hombre instruido, ¿qué otra cosa aprende en las escuelas sino a despojarse de su nativa rudeza, de las tinieblas y de la barbarie, cuanto es posible hacerlo con el auxilio de la enseñanza, defectos contraídos por el espíritu humano bajo el influjo del mal? E aquí que a la instrucción en las buenas letras los antiguos la llamaban humani-

<sup>46</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 437.

<sup>47</sup> VIVES, J. L.: *De la pacificación, op. cit.*, p. 436.

<sup>48</sup> VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 451.

dad»<sup>49</sup>. (Recordemos que esta expresión fue utilizada por Cicerón; hoy sería formación humana).

«Si en cada uno de los hombres se da una caridad no fingida, no disimulada, no propuesta para que la vean los ojos de los hombres, sino aquella verdadera caridad que no desconfía de ser aprobada por los ojos de Dios, esta caridad hará que nos amemos mutuamente, excluido cualquier clase de odio, y que vivamos en concordia unos con otros, hasta sernos imposible el poder convivir con los desacordes y disidentes»<sup>50</sup>.

Sus convicciones profundamente cristianas impregnan todas sus obras y, probablemente, son la razón de su insistencia, a veces reincidente, movido por la necesidad de buscar soluciones a problemas tan acuciantes.

### A modo de reflexión final

Para Ortega, «es Vives el primer hombre de este siglo que ayudado por su temperamento tranquilo, por su pulcritud y sentido de la responsabilidad, se detiene en la carrera loca que fue el Renacimiento y se pregunta qué es lo que estamos haciendo». A medida que avanza el siglo XVI, se aprecian en él mayores preocupaciones por los problemas sociales y políticos.

Desde el punto de vista de la energía con que toma partido en los asuntos públicos, para defender la causa de los hambrientos, de los más débiles, de los oprimidos, de los pobres y para restaurar indefinidamente la paz, Vives se diferencia de la mayor parte de los humanistas del Renacimiento que se movían, en general, en la alta erudición y rehusaban pronunciarse en el «aquí y ahora». Fue la conciencia de su siglo.

Hombre político, le acecha la exigencia democrática, el principio de igualitarismo: «Puesto que sobre el plan del alma somos todos iguales y que no hay diferencia entre el más grande de los reyes y el más tosco arriero, o el esclavo más bajo, por la misma razón los grados son idénticos, como las razones de los bienes que tienen su fundamento sólo en el alma»<sup>51</sup>.

Fue a la vez un humanista, un filósofo (precursor de Bacon), un reformador de la educación y un teórico socializante. El derecho, la equidad, la ciudadanía, la justicia, constituyen su preocupación constante. Sus ideas sobre la ciudad y la sociedad internacional son mucho más que simples intuiciones pasajeras, forman un conjunto coherente y constante en sus obras.

El hecho de residir fuera de España desde la adolescencia y haber vivido entre las grandes personalidades europeas, interviniendo en todos los problemas de la época, ha sido el motivo de que nunca se le haya negado la categoría de gran figura internacional.

Gozó del reconocimiento de los Humanistas. La correspondencia entre Erasmo y Moro muestran el juicio que estos contemporáneos tenían de Vives cuando «elogian sus méritos excepcionales».

Sus discípulos son un buen testimonio, testigos de su buen hacer: La princesa María hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón. El cardenal Guillermo de Croy y otros.

49 VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 443.

50 VIVES, J. L.: *op. cit.*, p. 403.

51 GUY, A.: *Vivès ou l'Humanisme engagé*, E. Seghers, París, 1972, p. 86.

«Si en el aspecto de su filosofía no se le hizo durante mucho tiempo la debida justicia, en cambio, en el conjunto de su producción ha sido acatado como uno de los grandes maestros»

Ante los graves problemas de su tiempo, señalados anteriormente, sobre todo la paz en Europa amenazada, los pobres que mueren de hambre, tres temas le parecen importantes y en consecuencia encontrará razonable dedicarles especial atención. Escribirá sobre la paz, sobre el saber vivir, sobre la beneficencia pública.

Vives que pertenece a una generación comprometida, adopta una actitud ante la vida y ante los demás: «Debes vivir de tal manera que no hagas cosa en que nadie se queje de tí, y que tú no te quejes de tí mismo ni de la fortuna, que no hagas injuria a nadie ni pienses que nadie a tí te la hizo»

Las reflexiones que progresivamente aparecen sobre la pobreza, la ignorancia, la enfermedad, la violecia, serán superables. Un sentido más secularizado y más racional de abordar la marginación se inició precisamente con las aportaciones de Vives y de los humanistas. «El humanismo vivista es particularmente el más agresivo en sensibilidad social». Su aportación fue decisiva, porque enseñó a los hombres de su tiempo y a la posteridad dónde radicaba su verdadero valor y capacidad<sup>52</sup>.

<sup>52</sup> CARASA SOTO, P.: *op. cit.*, p. 35.